

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Imposibilidades humanas – posibilidades de Dios
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Imposibilidades humanas – posibilidades de Dios (12 días)

Día 1

Gn. 18:9-14; Job 42:2

“¡Imposible humanamente!“, pensamos muchas veces frente a un problema insoluble. Así le pasó a Sara hace mucho tiempo atrás. Nosotros podemos entender su reacción, pues también en la vida de los creyentes hay varias situaciones en que parecen humanamente imposible.

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?“, era la respuesta de Dios, y se revelaba como el Dios Creador que hace maravillas (Gn. 21:1-7).

La llegada del Señor Jesucristo a nuestro mundo es la respuesta de Dios a nuestras falta de salidas. Por eso nos concentraremos en los próximos días en nuestro tema “Humanamente imposibles, – posibilidades de Dios” con algunas aclaraciones de la canción: “Jesús ha venido, razón de gozo eterno”. (Lea Sal. 62:12; 115:3.)

Primera imposibilidad: no podemos solucionar el problema de nuestra culpa. En la vida del rey David reconocemos en forma especial el poder destructor del pecado. Él no se hizo culpable una sola vez, más bien un pecado acarreaba otro. Primero David trató de arreglárselas solo. Él confesó: “... guardé silencio”. Pero la carga de su culpa se hacía cada vez más pesada, tanto para su alma como para su cuerpo. En el Sal. 32:3,4 describe David su situación en el tiempo de su silencio. Le era imposible arreglárselas solo con la culpa de su pecado. Esto experimentan todos los hombres, nadie se puede absolver solo, y sin absolución nadie puede vivir tranquilo y bien. Esto afecta tanto a hijos de Dios, que han pecado, como a todos los hombres que aún viven lejos de Él y sufren por la culpa de su vida. (Lea Sal. 38:4; Hch. 2:37.)

El amor incomprensible de Dios y Su misericordia no nos dejarán estar tranquilos, hasta que confesemos nuestro pecado. Él es fiel y justo, y perdona nuestra maldad. (Lea 1.Jn. 1:7-9; Mi. 7:18,19.)

Día 2

Sal. 32:1,2,5,11

Lo que para los hombres es imposible, Dios lo hace posible. El problema de la culpa de cualquier persona, puede ser solucionado. De David leemos, que después de haberse arrepentido de su pecado y haberlo confesado, quedó aliviado y liberado de su pesada carga. Ya en el Antiguo Testamento era posible la liberación, porque Dios miraba al libertador, a Su propio Hijo, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29; comp. Lv. 4:27-31; Ro. 3:25,26).

“He pecado“. Con estas palabras David reconocía su pecado, cuando Natán llegó a él y lo confrontó abiertamente con su transgresión. David se arrepintió, por eso recibió perdón. (Lea 2.S. 12:1-13; Sal. 51:1-12.) El arrepentimiento es regreso a los brazos abiertos de Dios. Ellos están muy abiertos para todos los pecadores, porque los brazos extendidos del Hijo de Dios en la cruz y sus manos clavadas allí, nos invitan a regresar al Padre, a confesarle todos los pecados y toda culpa y recibir el perdón. La absolución de la boca del Juez mayor tiene vigencia para todos los que vienen a Jesús el Crucificado y Resucitado. (Lea Is. 1:18; Ro. 4:25; Ef. 1:7.)

Hay razón para alegrarse, para todos los que han recibido el perdón de sus pecados y lo reciben diariamente. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1.Ti. 1:15)

Johann L. K. Allendorf (1693-1773) expresó en su canción el milagro del perdón de esta manera: “Jesús ha venido, por eso las ataduras se hacen pedazos, las cadenas de la muerte se rompen. Llegó aquel que abre camino; Él, el Hijo de Dios nos libera realmente, nos da honor, quitándonos pecado y vergüenza; Jesús ha venido, las ataduras se hacen pedazos”.

Día 3

1.P. 5:8,9; Job 1:6-11

La *segunda imposibilidad*: Ante los ataques del enemigo no podemos estar en pie. Satanás es el enemigo de Dios y de los hombres, lleno de astucia y malicia, al cual no podemos resistir. En el libro de Job leemos de sus ataques contra Job, del cual Dios dijo: "... no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal" (v.8). El propósito de Satanás es destruir, aunque por ahí disimule ser amable y piadoso. Muchas veces utiliza a hombres como herramientas. Cuando Job había perdido todo, -sus hijos, sus bienes y su salud-, su propia esposa le dio el consejo diabólico: "maldice a Dios y muérete" (Job 2:9). Esto quiere decir: ¡Date por vencido! no tiene sentido, que sigas viviendo así.

Las palabras de personas de confianza suenan muy razonable, a veces más entendible, de lo que dice la Palabra de Dios para situaciones específicas. ¿De qué valió a Job su piedad y dependencia de Dios? ¿Acaso no le llevó al hecho de estar sentado en el suelo, en gran miseria, pobre, enfermo y solo, sin sus hijos? ¿Acaso no era razonable rendirse que seguir adelante? (Lea Job 2:8-13.)

En tales situaciones no podemos salir adelante con nuestro propio poder, porque el enemigo también alimenta dudas por la bondad de Dios. En la canción de "reforma", Martín Lutero lo afirma: "Nuestro valor es nada aquí, con él todo es perdido; ..."

También Jesús fue tentado. "A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy, si tú postrado me adorares, todos serán tuyos". (Lea Lc. 4:1-13). A toda costa el diablo quiso evitar la obra redentora. Pero en la íntima relación con Su Padre, Jesús resistió al tentador. En el Hijo de Dios, que como hombre era impugnado, el enemigo no encontró un punto de contacto (Jn. 14:30).

¿Qué significa esto para nosotros? (Lea He. 2:17,18; 4:15,16.)

Día 4

1.Jn. 3:8; 2:14; 5:4

Lo que para los hombres es imposible, Dios lo hizo posible: Podemos resistir los ataques del enemigo. El diablo no tiene que tener la última palabra en situaciones de tentación y controversia.

También en la vida de Job, él no tenía la última palabra. ¿Cómo enfrentó Job la tentación para no abandonar a Dios? Él confiaba en su Dios, se aferraba a Él, también cuando ya no lo podía entender. Con la mirada de confianza al Señor, pudo darse cuenta que la demanda de su esposa era necia, pues miraba sólo las cosas terrenales. La respuesta de Job mostraba una perspectiva diferente, que ampliaba la visión: “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” Así Job mantuvo su confianza, la “confianza - a pesar de”, en contra de todo lo presente. Él contaba con el hecho que Dios puede hacer algo bueno de lo malo. Ante tal actitud y firmeza en el camino del Señor, el enemigo tiene que retirarse, porque puede vivir solo en el ambiente de la desconfianza. (Comp. Job 2:10; Sal. 73:23-28; 125:1,2.)

En los siguientes capítulos del libro de Job leemos que él sufrió muchos ataques por parte de sus amigos. A pesar de todos los malentendidos él no se alejó de su Dios. Nosotros podemos aprender de él: la íntima relación con el Señor y la mirada a Él son las únicas posibilidades para sobrepasar los ataques y las tentaciones. Jesucristo es el Vencedor, y el enemigo está derrotado, aunque aparenta ser poderoso. Jesús es el Vencedor y unidos a Él tenemos parte con Su victoria. (Lea 1.Co. 15:54-57; 2.Co. 2:14.)

“Jesús ha venido, el fuerte Redentor, Él se apodera de la posesión del fuerte armado, Él hace volar las reforzadas cerraduras y lleva victorioso afuera a los presos. ¿Sientes al más poderoso, Satanás malvado? Jesús ha venido, el fuerte Redentor”.

Día 5

Pr. 21:2; Lc. 15:11-16

La *tercera imposibilidad*: Nosotros no podemos encontrar el camino correcto, ni andar por él, a través de esta vida.

Jesús contaba una historia (parábola) de un joven, que pensaba conocer bien su camino. Él no quería vivir siempre bajo la tutela de su padre, sino disfrutar la libre autonomía de su vida. El propio camino que parecía muy seguro, se reveló como equivocación. Casi se hubiese muerto de hambre. Interiormente estaba completamente agotado.

Mientras que sufría hambre y miseria, en su corazón se despertaba una gran nostalgia: “¡Ojalá estuviera junto a mi padre!” Nuestros propios caminos muchas veces terminan en necesidad y miseria.

De manera especial lo experimentan aquellos que conscientemente dieron la espalda a su Padre celestial, para vivir bajo sus propios criterios. A algunos les va bien exteriormente, tienen éxito, siguen haciendo carrera. Pero, ¿cómo están interiormente? ¿Qué experimentan en la soledad? Dios ha puesto la eternidad en el corazón del hombre (Ecl. 3:11), por eso la vida lejos de Dios no tiene sentido. Si esto se reconoce recién después de la muerte, es demasiado tarde. (Comp. Lc. 16:19-26; He. 9:27.)

Pero aquel que a tiempo reconoce lo serio de la eternidad, este puede tomar el mismo camino por el que se decidió el joven en la parábola: “Me levantaré e iré a mi padre”. “Él tomó una sana decisión. En esa frase hay una palabra que nos aclara, por qué era una decisión sana. Es la palabra ‘padre’. El hijo pródigo no quería someterse a un señor duro, él quería ir a dónde pertenecía, a su casa, donde palpaba un corazón paternal, lleno de amor” (W. Busch; lea Lc. 15:17-24; 18:13; Jl. 2:12,13).

Día 6

Jn. 10:27-30; Sal. 23:1-6

Lo que para los hombres es imposible, Dios lo ha hecho posible, porque “nada hay imposible para Dios”. Él creó la posibilidad para que podamos ir por nuestro camino de la vida tranquilos y seguros.

El hijo de la parábola volvió del caos, del cual él mismo era culpable, regresó a su padre y fue recibido como un huésped de honor esperado por mucho tiempo. ¡Qué invitación para todos los que regresan de la lejanía de Dios a su casa paterna! Porque Dios por medio de Cristo ha reconciliado el mundo consigo mismo, y ya no les carga en cuenta sus pecados. (Lea 2.Co. 5:17-21.)

El amor de Dios abarca toda nuestra vida. Él no pensaba solamente que al final de la vida lleguemos a su casa. Él se preocupa también por nuestro camino durante esta vida. Nos quiere regalar todo lo que necesitamos para llegar a la meta. Nos dio en Jesucristo, el buen pastor, aquel que nos guía y cuida, y que dice de sí mismo: “Yo soy el camino”. Los hijos de Dios, teniendo a éste guía, pueden caminar en “gloriosa libertad”. (Lea Jn. 14:6; 2.P. 1:3.)

La comunión de camino con Jesús vale tanto, que no se la puede comparar con ninguna otra comunión. El que con Él va junto por la vida, puede saber y experimentar: “nada me faltará”. (Comp. Jn. 8:36; Mt. 28:20b; Sal. 32:8.)

“Jesús ha venido, el Rey de honor; cielo y tierra, ¡exalten su poder! Ese emperador puede convertir corazones; ¡ábrele ampliamente las puertas! Piensen en esto, Él les quiere conceder la corona. Jesús ha venido, el Rey de honor”.

Día 7

Fil. 4:1-3; 2.Co. 13:11

La *cuarta imposibilidad*: no podemos a través de nuestra propia fuerza vivir en paz unos con otros. Evodia y Síntique eran colaboradoras muy valoradas en la iglesia de Filipos. Ellas habían luchado junto con Pablo en pro del evangelio. Aunque las dos mujeres pertenecían a Jesús, vivían en un conflicto.

Si meditamos sinceramente acerca de nuestra convivencia, tendremos que reconocerlo: también entre nosotros ocurre que con algunos, que siguen a Jesús, no estamos de acuerdo, quizás porque son muy distintos, porque algunas cosas consideran y evalúan diferentes a nosotros y porque actúan de otra manera. Una y otra vez tenemos que confesarle al Señor: es demasiado pesado para mí, no lo alcanzo; para esa persona no tengo el amor que debería tenerle. (Lea Ef. 4:3; Jn. 13:35; 15:12.)

Florence Allshorn, misionera en Uganda, nos compartió sus experiencias en su libro titulado: "Un hombre se atreve a amar": "Un raro y oscuro sentimiento se desliza sin duda en el fondo de nuestra alma, cuando nosotros los misioneros pensamos en nuestras relaciones mutuas. Si todo ese ámbito de relaciones humanas sigue manteniéndose borroso y estéril, en el que nos encontramos actualmente, entonces podemos compartir el evangelio por todas partes, pero será casi en vano. Lo que nos falta a todos y en todo es un estado de llenura de amor. ... Mi compañera es muy valiosa en varios aspectos, ella se mantuvo firme por mucho tiempo, pero ahora sus nervios no dan más, y ella sufre por los arrebatos de su temperamento, a veces no habla ni una palabra por dos días, y yo me ofendo y me enojo. Podríamos estar bien entre nosotras. ¿Acaso no es una calamidad, que no lo logramos? (Lea Sal. 34:14; Ro. 12:9,10; Ef. 5:1,2; Col. 3:13,14.)

Día 8

Ro. 15:5-7; 1.Jn. 4:19

“Nada es imposible para Dios”. Esto vale una y otra vez para nuestra convivencia, pues con nuestro propio poder no podemos aceptarnos o incluso amarnos incondicionalmente. Pero Dios no exige nada, de lo que no nos haya dado. (Lea Ro. 5:5.) Si Él exige la aceptación mutua, la promesa antecede: Vosotros sois aceptados por Cristo. Los que fueron aceptados, pueden también aceptar a otros, los amados por Dios, a su vez pueden amar.

¿Será posible que estimamos en poco nuestra aceptación por Cristo, o que nos dejamos amar poco por Él? “Conservaos en el amor de Dios” (Jud. 21; lea 1.Jn. 4:7,10,12; Jn. 13:34,35). El mandamiento que se refiere a nuestra convivencia, no es una sobreexigencia, pero sí un desafío, para dejarnos amar más por Jesús, meditar más intensamente en su perdón, para poder amar y perdonar.

¿Cuáles experiencias tuvo Florence Allshorn? “Cierta día no daba más. Estuve sentada en la terraza, sola, llorando amargamente. Todo era indescriptiblemente triste. No me dí cuenta de los suaves pasos de la directora africana de la escuela. Ella se sentó junto a mí, por mucho tiempo quedó callada, finalmente dijo despacio lo siguiente: Yo estoy viviendo ya por 15 años en esta escuela misionera. A cada una tras otra de vosotras, las ví llegar y salir. Cada una dijo lo mismo, que había venido para traernos al Salvador del mundo, pero hasta el día de hoy no he visto que Él hubiera salvado la situación aquí.

Esto era mi problema. Yo conocía al Señor suficientemente para saber que Él mandaba amar también a los enemigos. Entonces yo oraba que ese amor llenara mi ser. Poco a poco empezaba algo nuevo”. Por todo un año Florence oraba diariamente el capítulo 13 de 1.Corintios, la gran canción del amor. (Lea 1.Co. 13:1-13.)

Día 9

Jn. 11:25,26; Ro. 6:23

Una *quinta imposibilidad*: No podemos enfrentarnos por nuestra propia fuerza a la muerte y al carácter definitivo de la muerte. El tener que morir toca a todos, también a los hijos de Dios. Por eso también ellos se asustan por ese carácter definitivo de la muerte. (Lea Sal. 90:3-6,12.) Sin embargo por la venida de Jesús a este mundo y por Su salvación, algo importante cambió la situación. Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2.Ti. 1:10b; lea 1.Co. 15:19-23,26).

El que cree en Él y acepta personalmente la salvación consumada por Jesús, puede tener la certeza de que la muerte no es lo último. Ciertamente es que ella termina nuestra vida terrenal, pero después viene lo más importante, la vida eterna. “¡Regocíjate, lo mejor viene aún!”, así tituló Corrie ten Boom uno de sus libros, en el cual ofrece ayudas para la vida en el último tiempo. Ella confió en la promesa de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”. (Lea Jn. 5:24; 1.Jn. 2:25; 3:1,2.)

Para poder darnos la vida eterna, Jesús tuvo que enfrentar la muerte. Él tenía que morir, “... el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Cuando Él resucitó de los muertos, fue el vencedor sobre el infierno, la muerte y el diablo.

Los creyentes pueden considerar la muerte como la puerta de la vida terrenal a la gloria eterna. “¡Lo mejor aún viene!” Con esta certeza podemos enfrentarnos a la dura realidad de la muerte y regocijarnos. “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lc. 18:27; lea Is. 35:10; 2.Co. 5:1-9; Fil. 3:20,21).

Día 10

Ro. 7:14-21; Gá. 5:16-21

La *sexta imposibilidad*: Por nuestros propios esfuerzos no podemos ser buenos. Por nuestra naturaleza no somos buenos. Pablo, involucrándose, escribió muy abiertamente acerca de esto. Los creyentes judíos, a los que él pertenecía, se preocupaban respecto a los preceptos judíos, si aún debían cumplirlos. En ese contexto él escribió sobre la imposibilidad de poder cumplir la ley. Junto con él, también nosotros debemos confesar: aunque conocemos por la ley lo que es bueno, no hacemos lo bueno. La ley también nos dice lo que es malo. No queremos hacer lo malo, sin embargo lo hacemos.

Acerca de este inquietante dilema en su vida, Pablo solo pudo decir: “¡Miserable de mí!” ¿Quién me libertará de esa prisión, de este cuerpo de muerte?

Un cristiano, quien con todo su esfuerzo luchaba para conseguir la victoria, se quejaba, diciendo que no podía entender, por qué era tan débil. “Tu problema es”, le dijo el predicador Watchman Nee, “que tú eres demasiado débil, para cumplir la voluntad de Dios, pero que no eres lo suficientemente débil, para no intentarlo directamente. A ese punto debemos llegar. Mientras que queremos actuar nosotros mismos, Dios no puede obrar a favor nuestro. Dios tiene que esperar, hasta que lleguemos al final de nuestras posibilidades, hasta que estemos en el punto cero; pues si queremos lograr algo por nuestra propia fuerza, lo rechazamos a Él.

Lo que Él hizo en Cristo Jesús a nuestro favor, abarca muchísimo más de lo que podamos pensar. En la cruz nuestra pesada carga de culpa fue pagada. En la cruz el diablo y sus poderes fueron derrotados. En la cruz el poder de la muerte fue derrocado. En la cruz mi “yo”, mi vieja naturaleza fue también crucificada. En Jesús, Dios ha hecho todo para mí”. (Lea Ro. 7:24,25; 8:1,2; Gá. 5:1; Col. 2:14,15.)

Día 11

Ro. 7:24,25; 1.Co. 15:54b-57

“Nada hay imposible para Dios“ (Lc. 1:37). Pablo no tenía que quedarse en ese punto más bajo de su vida. El grito: “¡miserable de mí!” ¿quién me libraré?”, no era lo último. Él pudo experimentar que por la muerte y la resurrección de Jesús la obra liberadora estaba hecha: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria (sobre el pecado y la muerte) por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Aquel que puede decir esto junto con Pablo, ya no está bajo la presión del pecado. Jesús, quien nos unió consigo mismo en su muerte, nos ha involucrado también en su vida de resurrección. (Lea Gá. 2:19,20; 6:14.) Esa experiencia que Pablo describe en Ro. 7, vivieron muchos hombres después de él.

Una creyente inglesa escribió: “La luz que Dios me dio nunca más se oscureció, tampoco yo la cuestioné. El Señor me ha revelado esta maravillosa verdad, que es capaz de llevarme a una amplitud especial. Una y otra vez me dirijo a Dios y le pido, que me apruebe que yo he sido crucificada con Cristo para siempre, y por medio de Él he resucitado a una vida completamente nueva. Y le agradezco por eso.

Así me quedo en Sus manos confiando que Él actúe en mí y se preocupe por mi necesidad. (Lea 2.P. 1:3,4.) Cuanto más acepte el hecho de que comparta Su muerte, tanto más experimento que el Espíritu Santo obra en mí. Cada vez el maravilloso plan de Dios se me aclara más: Si estamos crucificados con Cristo, el Señor Resucitado toma más posesión de nosotros. Mientras nos lleva más profundamente a la comunión de Su muerte, revela el poder de Su resurrección en nosotros y consigue así, que estemos agradables delante de Él”. (Lea 2.Ti. 2:11,12a; Jn. 12:24.)

Día 12

Jn. 10:7,9; 14:2,3

La *séptima imposibilidad*: Por nosotros mismos no podemos abrir la puerta a la gloria de Dios. Desde que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, el directo acceso a Dios permanece cerrado. ¡Cuántas personas en los siglos pasados intentaron conseguir el acceso al cielo por su propia justicia y con grandes esfuerzos, pero “todos pecaron” y no pueden alcanzar así como son, la gloria de Dios (según Ro. 3:23).

Si miramos al Gólgota, entonces vemos a Jesús en la cruz y a su lado derecho e izquierdo dos criminales. Uno de ellos se burlaba y menospreciaba a Jesús, pero el otro reconoce en estas terribles horas de sufrimiento, que Jesús sufre siendo completamente inocente. Al lado de Él, de repente este reconoce, que él no tiene acceso al lugar al cual Jesús se va muy pronto, y que su vida terminará lejos de Dios en la eterna oscuridad. Al mismo tiempo se despertó en él el deseo de confiar en Jesucristo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Si estamos en esta actitud, esa promesa será también para nosotros: “... hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:42,43). (Lea Jl. 2:12,13; Hch. 4:12; Tit. 3:3-8.)

También personas que se llaman cristianos pueden sufrir bajo la inseguridad, si la puerta del cielo se les abre, cuando se termine su vida terrenal, o no. El predicador inglés C. H. Spurgeon llamó a uno de sus amigos y le dijo: “hermano, creo que estoy por morir. ¿Qué valor tienen todos los sistemas teológicos, cuando llega la muerte? Mi teología se volvió muy sencilla, la puedo resumir en cuatro pequeñas palabras. Puede ser que esto no es suficiente para predicar, pero si es suficiente para morir: ¡Jesús murió por mí! Esto, hermano, es suficiente”. (Lea Ro. 8:31-39.)